

El asalto de los monárquicos a la Casa de Correos...



Guardias de Asalto de la compañía duodécima, de Murcia, situados tal como estuvieron durante la refriega en la escalinata del Palacio de Comunicaciones.

... Contado por

un ordenanza y un guardia de Asalto



Los guardias de Asalto muestran el lugar donde cayeron heridos tres de sus compañeros.



El repartidor Andrés Berrío muestra a nuestra colaboradora Josefina Carabias el brazalete blanco y verde que llevaban los monárquicos.

HA pasado más de una semana y todavía se nota agitación en el Palacio de Comunicaciones. La gente que entra y sale mira a la pareja de servicio con simpatía. Muchos se acercan y estrechan la mano de los guardias. Inmediatamente surgen los comentarios.

—Aquí se les cacheó a todos—dicen, señalando un sitio.

—Aquí estaban ya detenidos cuando llegaron los de Asalto...

Un repartidor que sale en este momento a la calle se dirige a mí para decirme:

—Si quiere usted enterarse de todo, lo mejor es que hable con "el Cojo"...



El repartidor de Telégrafos Andrés Berrio, rodeado de sus compañeros.

—¿Quién es "el Cojo"?

—"El Cojo" es un compañero nuestro que ayudó a los guardias a cachear a los monárquicos que quisieron asaltar esto...

El compañero va a buscarlo, y, al poco rato, vuelven los dos. "El Cojo" es un muchacho como de diez y nueve años, de cara risueña. Se llama Andrés Berrio, y hace ya mucho tiempo que presta sus servicios en Telégrafos. Con orgullo me muestra el brazalete que logró quitar a uno de los sublevados. Luego, dice modestamente:

—Yo, total, no hice nada más que ayudar a los guardias, como era mi obligación. Cualquier repartidor hubiera hecho lo mismo.

LOS REBELDES INTENTARON DETENER AL REPARTIDOR

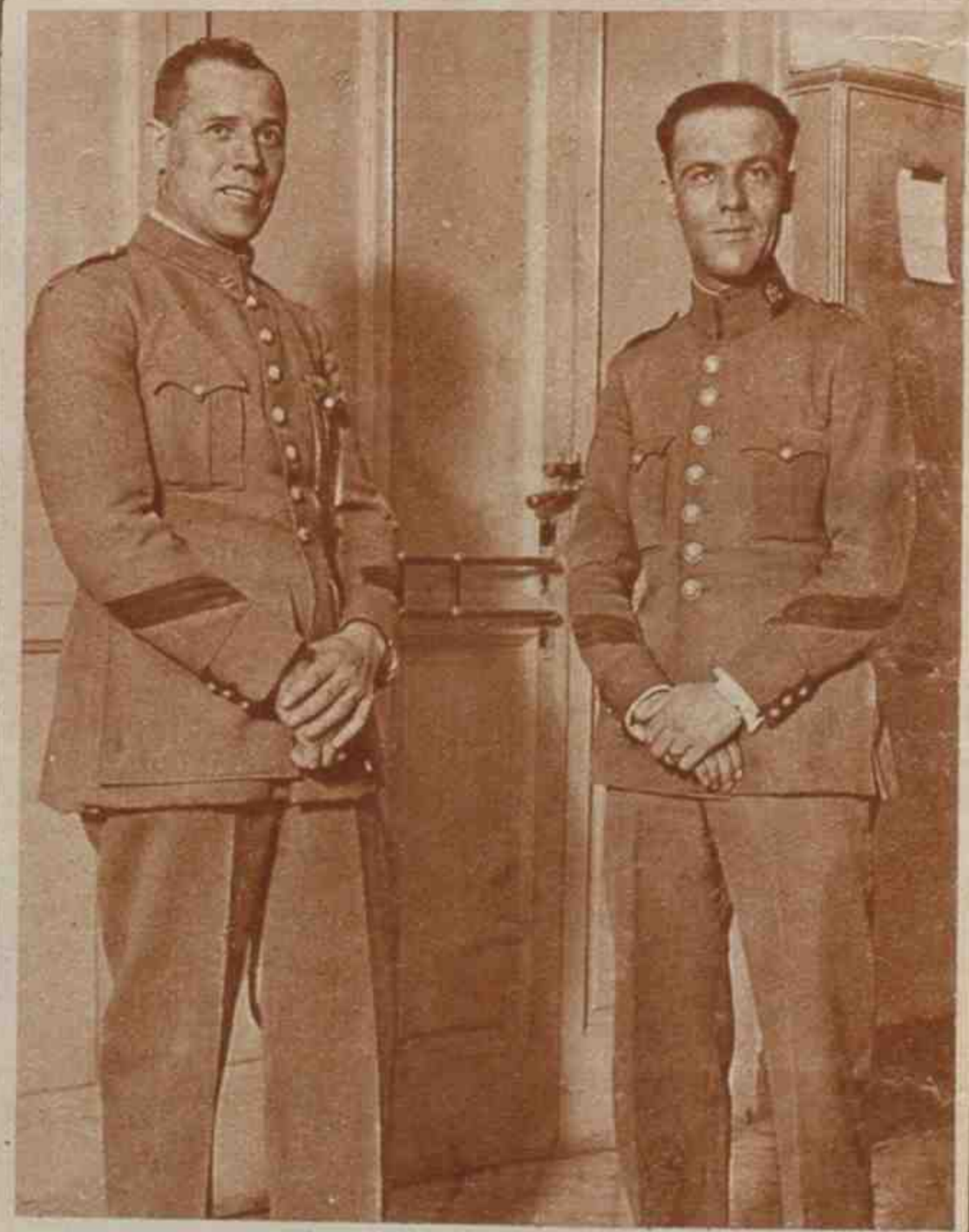
—¿Quiere usted que se lo cuente todo desde el principio?... Pues verá. Poco antes de que llegaran aquí, los sublevados, tuve yo que salir

para llevar un pliego a la Dirección de Seguridad. Allí noté gran efervescencia, y en seguida supuse que se trataba de algún complot monárquico... Uno tiene sus corazonadas. Tan pronto como me despacharon, salí corriendo hacia acá; pero en el camino oí los disparos que estaban haciéndose frente al Ministerio de la Guerra. Mi primer impulso fué ir a ver lo que pasaba; pero me contuve, pensando que quizá fuese mejor venir pronto al Palacio y avisar lo que ocurría. Empecé a correr...

Los compañeros de Andrés Berrio ríen al oír esto.

—Se ríen porque soy cojo y creen que eso de que corrí es una bola. Pero diga usted que sobreponiéndome al defecto físico, me planté aquí en un momento.

—¿No vió usted a los suble-



Los guardias civiles Asterio López y Aquilino Barbero, que hicieron frente a los treinta y cinco sublevados que trataban de tomar el Palacio de Comunicaciones.

éstos, en número de treinta y cinco, estaban con las manos en alto ante los dos fusiles. Entonces comenzó el cacheo de algunos, porque otros ya se habían apresurado a tirar las armas. Para que la operación se efectuase más rápidamente, uno de los guardias me mandó que les ayudara.

—¿Desarmó usted a muchos?

—A bastantes... Pero cuando llegué al coronel, éste me miró de pies a cabeza, mientras decía: "Yo no me dejo cachear por un repartidor."

—Y usted, ¿qué hizo?

—Yo no hice caso y seguí; pero antes de que él intentara revolverse ya le había quitado la pistola un guardia que acudió en seguida.

—¿Tardaron mucho en llegar los de Asalto?

—Poco. Pero cuando llegaron ya estaban los rebeldes ahí, al lado de la escalera, detenidos y desarmados.

—¿Y qué decían?

—Nada de particular. Sólo oí que uno murmuraba al oído de otro:

"—¡Nos han traicionado! La tropa no ha salido a la calle".



Algunos de los guardias ascendidos por su heroico comportamiento en la mañana de la sublevación, hablando con nuestra colaboradora.



José de Egea, herido en un pie durante la refriega y a quien su excelencia el Presidente de la República impuso en el Retiro los galones de cabo.

EL PLAN QUE, SEGÚN BERRIO, TRAÍAN LOS REBELDES

—Lo raro del caso—sigue diciendo el repartidor—es la poca resistencia que ellos opusieron una vez dentro. Yo interpreto esto de la siguiente forma: Sin duda, los treinta y cinco que entraron aquí estaban citados en la Cibeles con los que mandaban la tropa que se sublevó y debían de haber acudido todos a la misma hora. Así, mientras ellos entraban, quedaría la tropa en la plaza guardándoles las espaldas. Pero ocurrió lo que tenía que ocurrir. Los soldados, que sin duda venían de mala gana, se retrasaron un poco, y como los otros no podían estar mucho tiempo esperando

en la puerta, se decidieron a entrar; pero por las caras se vió claro que ellos preveían el fracaso.

DOS HOMBRES CONTRA TREINTA Y CINCO

El repartidor nos acompaña hasta el destacamento, donde están todos los guardias civiles que prestan servicio en el Palacio de Comunicaciones. El que aquella noche era cabo comandante del puesto ha ascendido a sargento, y los guardias son ya cabos. Yo trato de que me expliquen cosas de aquella madrugada, pero ellos se niegan amablemente:

—Nosotros no podemos hacer manifestaciones de ningún género. Además, que lo que hemos hecho no tiene ninguna importancia. Cualquiera otro, en nuestras circunstancias, hubiera hecho lo mismo.

No hay forma de que digan una palabra más. Sin embargo, se adivina que están muy contentos del pueblo en general y del régimen que con tanta lealtad han defendido.

UNO DE LOS GUARDIAS DE ASALTO HERIDO NOS CUENTA...

José de Egea está tendido sobre la cama. Tiene un pie envuelto en algodones; pero sin dar la menor muestra de dolor, charla con unos amigos



Los guardias de Asalto en el lugar donde se encontraron detenidos a los sublevados.

que en este momento le acompañan. En la guerrera, que está colgada del catre, se ven, recién prendidos, los galones de cabo, que hace unos días puso don Niceto Alcalá Zamora en las bocamangas del guardia herido.

—Cuénteme como fué...

—Pues, verá: Yo pertenezco a la compañía duo-

décima, de Murcia. La noche de los sucesos nos encontrábamos en el cuartel de la Inclusa. Después de cenar, yo compré un melón allí, en el barrio, y me dispuse a comerlo en compañía de los otros compañeros. A poco de terminarlo recibimos órdenes de salir con rumbo al Ministerio de la Gobernación. Allí esperamos bastante rato. Después salimos hacia la Cibeles con el oficial. Yo, desde el camión y bastante antes de llegar, observé que en la plaza había soldados. Esto nos sorprendió; pero nuestro asombro no tuvo límites al ver que el director general de Seguridad estaba también allí. No bien nos dió tiempo a colocarnos, cuando oímos que el señor Menéndez, volviéndose a nosotros, nos daba orden de disparar. Cuando sonaron nuestros tiros acababan los rebeldes de empezar a hacer fuego también.

—¿Y usted tardó mucho en caer herido?

—Yo, mientras disparaba desde la escalinata de Correos, sentí un golpe muy fuerte en el pie; pero no le di importancia hasta que, momentos después, observé que tenía la bota llena de sangre y entonces ya sentí un dolor agudísimo. Al mismo tiempo caía otro compañero, y después otro.

José de Egea coge la bota de referencia y me la muestra, diciendo:

—Mire el orificio de entrada de la bala.

—¿Y el de salida?

—No lo hay. ¿No ve que la bala quedó dentro? Me la extrajeron después, no sin gran trabajo.

—Sufriría usted mucho...

—Nada; el dolor físico no tiene importancia en este caso. Además, todo es poco si se compara con la enorme emoción que sentimos todos al ver el cariño que nos demuestra el pueblo. Por mi parte, a esta herida debo la satisfacción de haber estrechado la mano de su excelen-



El cabo comandante del destacamento de Correos a quien la República ha ascendido a sargento.

cia el Presidente de la República española. —Fué él mismo quien le puso a usted los galones, ¿verdad?

—Sí. Llegó hasta mí y, al mismo tiempo de hacerme cabo, me dijo: "Bien, muchacho, y que te cures pronto." El pueblo de Madrid aplaudía frenéticamente... A mí se me saltaron las lágrimas...

(Fotos Llompart.)

JOSEFINA CARABIAS



El destacamento de Guardia civil que prestaba servicio en Comunicaciones la noche de la sublevación.